Influencias en Europa del descubrimiento, conquista y colonización de América

Siro Villas Tinoco

«La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias.»

Francisco López de Gómara, 1552

Introducción

La solicitud de José María Alegre para que impartiese una conferencia sobre el tema genérico de «España y América», comportaba, en mi opinión de modernista no especializado en historia de América, una disyuntiva que me resultaba de imposible resolución. De una parte, componer una descripción que abarcase tres siglos de descubrimiento, conquista y colonización del continente americano implicaba, necesariamente, un nivel tal de generalización que forzaba una simplificación extrema, solución absolutamente inadmisible para el auditorio universitario al cual iba destinado.

La otra alternativa resultaba igualmente problemática: en los actuales momentos de crispación sociopolítica, parece que cualquier síntesis explicativa acerca del significado de la obra trisecular de España en América conlleva abordar (definiéndose a favor o en contra y preferiblemente sin matices), algunos términos tan polémicos como los de «aculturación», «explotación» o «masacre», cuando no, lisa y llanamente, el de «genocidio». Es evidente que también queda el recurso al «patriotismo justificador» y en tal tesitura decidirse por profundizar en los conceptos alternativos de «cristianización» y «civilización» como base argumental.

Es más que probable que un especialista en la materia lograse salir triunfante de tamaña gesta, pero no era este mi caso y por ello mi contrapropuesta fue en el sentido de cambiar el punto de observación, reorientándolo hacia mi parcela docente. En síntesis, se trataba de reconvertir el perenne e inevitable eurocentrismo, proponiendo unas consideraciones acerca de lo que las Indias Occidentales significaron para el Viejo Continente y acotándolo en un ámbito temporal circunscrito a la Edad Moderna europea, es decir, a los siglos XVI, XVII y XVIII.

No pretendo atribuirme autoría personal sobre una idea que cuenta con una tradición plurisecular, ya que en el último tercio del setecientos el abate Raynal ofrecía un premio a quien respondiese a unas breves cuestiones acerca del significado e importancia del descubrimiento de América. El ilustrado clérigo, cauteloso y previsor, lo calificaba de «interesante para el género humano en general y para los habitantes de Europa en particular»[1], pero sin aventurarse en mayores clarificaciones definitorias. En

[1] En su *Philosophical and Political History of the Settlements and Trade of the Europeans in the East and West Indies*, con versión original francesa en 1770.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

absoluto se mostraba de acuerdo con estas tesis Cornelius de Pauw, quien se pronunciaba radicalmente en contrario, pues, para él, este descubrimiento resultaba el más calamitoso acontecimiento de la historia de la humanidad[2]. Lo que, de paso, demuestra que la disputa interpretativa aludida en el segundo párrafo, tampoco resulta ser de una gran novedad.

El interés por dilucidar la profundidad y el alcance de las influencias directas o las interacciones mutuas entre ambos continentes prosiguieron en las centurias posteriores y sin ánimo alguno de exhaustividad, parece de obligado cumplimiento citar a personajes tan representativos en diversos campos de la Ciencia como Alejandro de Humboldt o Adam Smith, pues ambos ofrecieron su particular visión sobre el significado del encuentro entre los dos mundos.

Ya en este siglo, John H. Elliot[3], estudiosos en la Universidad de California[4], o la Sociedad «Quinto Centenario»[5], han vuelto sobre el tema, abordándolo desde muy diversas perspectivas y con diferentes enfoques. Aunque, curiosamente, con un elemento común en todos ellos: parten de la época inicial del descubrimiento y finalizan en torno a 1650, al igual que en su día lo hiciese la monumental tesis de Pierre Chaunu *Sevilla y el Atlántico*. Parece como si la «crisis» argentífera del nefasto siglo XVII, a través del tiempo y en alguna medida, condicionase el interés por la incidencia temprana de América sobre Europa.

Nuestro intento pretende abarcar un mayor lapso y una más extensa temática. Por ello, en un principio preveíamos que la organización de los contenidos quedase nucleada en torno a una división estructural cuatripartita, la misma con que habitualmente hemos conformado nuestro acercamiento didáctico a la historia moderna universal: economía, política, sociedad e ideología. Una división fundamentada en el «tempo» histórico —en cada caso más ralentizado—, con que evoluciona el devenir de las sociedades humanas. Pero la constatación de que la estructura social europea (por lo que se refiere a la Edad Moderna exclusivamente), no presenta signos de hallarse en modo alguno concernida por novedades trasatlánticas, nos ha hecho reconsiderar esta cuestión y optar por un esquema tripartito.

Así, en una primera parte abordaremos aquellos aspectos de índole material que incluyen desde la supervivencia cotidiana de unos millones de seres humanos en Europa, hasta desembarcar en el progresivamente más complejo «Sistema Económico Mundial». A continuación analizaremos la incidencia colonial en los aspectos políticos que transcurren desde la periclitada pretensión de un «Imperio hegemónico», imposible herencia de un inmediato pasado medieval, hasta desembocar en el equilibrio de poderes emanado del «Sistema de Utrecht». En tercer lugar observaremos los diversos elementos que fueron conformando un determinado estado de opinión en las elites culturales y que terminaron produciendo un fuerte impacto sobre la «Conciencia Europea».

Concluiremos la ponencia con una breve recapitulación, como síntesis de lo expuesto, donde incluiremos un personal intento de explicación causal que, confiamos, resultará menos crispante que los citados en párrafos precedentes.

Antes de abordar el primero de los apartados, estimamos conveniente efectuar dos breves observaciones de método, no tanto dirigidas a quienes tenemos la historia por oficio, cuanto a los filólogos, lingüistas y literatos, a quienes suponemos que estas cautelas (no otras, que son inherentes y específicas de su ámbito científico), han de resultarles menos familiares.

La división del trabajo en tres partes diferenciadas es una necesidad analítica que deviene de nuestra imposibilidad para describir y explicar una realidad histórico-social estructural muy compleja. Una

---

[2] Afirmación contenida en su obra *Recherches Philosophiques sur les Americains*, editada por vez primera en 1768.

[3] ELLIOT, J. H., *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*, Alianza Editorial, Madrid 1972.

[4] CHIAPELL, F. (ed), *First images of America: The impact of the New World on the Old*, 2 vols., U. of California Press, 1976.

[5] Nos referimos concretamente al recientemente celebrado Colloque International «Dans le sillage de Colomb: l'Europe du ponant et la decouverte du Nouveau Monde (1450-1650)», Rennes 5, 6 y 7 de mayo de 1992.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

sociedad humana cuyas diversas partes se hallan en una interacción perpetuamente cambiente. En una imagen analógica, se trataría de las diversas caras de un poliedro, en que la conjunción de los distintos planos resultan imprescindibles para la composición de la figura, pero que el analista no puede observar si no de uno en uno, a pesar de ser consciente que constituyen un solo cuerpo.

En otro orden de cuestiones, intentaremos mostrar un aspecto específico de una realidad dual: la interacción de dos mundos a través de tres siglos de influencias mutuas, en las que señalamos, muy específicamente, la incidencia del más débil sobre el más poderoso. Ello implica que, ineludiblemente, se han de abordar cuestiones de una enorme amplitud y complejidad (como el capitalismo, formación de una conciencia colectiva, etc.), cuestiones de las que tan sólo se explicitarán algunos aspectos parciales —breves pinceladas descriptivas—, circunscritas a su origen o a unos primeros estadios de evolución. Proseguir dichos temas hasta su finalización, o hasta describir su estado actual, es cuestión que sobrepasa, con mucho, la intencionalidad y las posibilidades de este trabajo.

1. Desde las «estructuras de lo cotidiano» a la «economía-mundo»

La búsqueda de cualquier tipo de beneficio material ha constituido, desde el inicio de las sociedades humanas, la motivación esencial de cuantas exploraciones, descubrimientos y conquistas ha intentado, realizado y consolidado el hombre, aunque, lógicamente, los incentivos han variado de unos casos a otros y no necesariamente se ha reducido siempre a conseguir este objetivo pragmático.

La vida material de toda sociedad se sustancia en varios planos, de creciente importancia y complejidad, que se superponen e imbrican entre sí complicando su comprensión, aunque desde una perspectiva secular ya resulta factible delimitar los contornos de cada uno de ellos, así como su evolución diacrónica. Para Ferdinand Braudel[6] dichos planos son tres, afirmación que estimamos continúa siendo fundamentalmente válida, aunque la evolución posterior de la investigación económica haya superado alguno de los límites que el gran maestro francés establecía en su propuesta.

Es preciso recordar que la alimentación ha constituido una inercia social de duración milenaria y entre las materias primas que localiza el explorador siempre se halla el condimento que confiere variedad a una dieta de paupérrimo sabor y variedad. La pimienta y las especias estaban en el punto de mira de los marinos portugueses que en el siglo XV contorneaban el África Negra (camino del Oriente), y, asimismo, entre los objetivos iniciales de Colón que, no olvidemos, buscaba una nueva ruta hacia Cipango y Catay.

La secular base alimentaria europea eran el pan y las gachas, realizados con diversas clases de trigo y granos afines. En este aspecto, poca y tardía fue la aportación americana, toda vez que inicialmente fueron deficitarios en cereales y, por ello, hasta finales de la década de 1730 no se consolida un tráfico triguero entre ambos continentes. La contribución indiana está representada por el pavo y éste nunca constituyó un elemento esencial en la dieta europea[7].

---

[6] BRAUDEL, F., *Civilización material y capitalismo*, B. U. Labor, Barcelona, 1974. En el prólogo de esta versión reducida, pág. 11, expone su planteamiento, que debe ser englobado en la diatriba (que venía más lejos en el tiempo), acerca de los orígenes y evolución del capitalismo: «Queda claro, en todo caso, que la vida económica no está englobada en su totalidad en el entramado del capitalismo naciente. Tenemos por lo menos tres planos y tres terrenos: la vida material de todos los días, prolífera, vegetativa, de corto alcance; la vida económica, articulada, reflexiva y que aparece como un conjunto de reglas, de necesidades casi naturales; por último el juego capitalista, más sofisticado y que penetra en el terreno de todas las formas de vida, sea económica, sea material, por poco que éstas se presten a sus maniobras».

[7] BRAUDEL, F., *Civilización material, economía y capitalismos. Siglos XV al XVIII. I. Las estructuras de lo cotidiano*, Alianza Editorial, Madrid 1984, 3 vols. Esta será la edición que sigamos en el presente trabajo.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

El maíz, la patata, la judía, el tomate, la mandioca, así como el tabaco y el alcohol de caña, sí que llegaron a tener importancia decisiva en los hábitos, culinarios y lúdicos, de los europeos modernos, aunque en puridad habría que esperar al siglo XIX (fuera, por tanto, del ámbito cronológico de este trabajo), para que alcanzaran una importancia definitiva y sobre la totalidad del ámbito continental. No obstante, podemos observar su evolución y su incidencia, puntual aunque muy efectiva, en muy determinados países de la vieja Europa.

El maíz, una semilla traída por Colón al retorno de su primer viaje, empieza a ser conocido en ámbitos científicos desde 1536 y a cultivarse en los huertos de diversos países hacia la mitad del XVII, sin que hasta el siglo XVIII tuviese un carácter generalizado[8]. En una realidad geográficamente más cercana, a lo largo de la cornisa cantábrica se comenzó a cultivar y consumir el maíz para alimento humano desde bastante antes. Concretamente en Galicia, «excepción hecha de intentos aislados»[9], hasta la crisis de 1626 a 1633 no se difunde desde la zona litoral hasta el interior. Concordante con lo anterior es la afirmación de que los inventarios *postmorten* de Santiago[10] señalan la presencia de algún maíz en torno a 1635.

La patata fue conocida por los españoles en el Perú en 1539, pasando por España sin producir consecuencias inmediatas y siendo llevada a Gran Bretaña por Sir Walter Raleigh en 1588 y apareciendo en Alsacia y Lorena a finales del XVII. En Irlanda resultó ser la solución providencial para el hambre campesina del siglo XVIII, popularizándose su uso continental a partir del siglo XIX[11]. Por lo que a España se refiere, se menciona su consumo en el sevillano Hospital de la Sangre en torno a 1565, presentándolo como el primer ejemplo de utilización para alimentación humana.

Una investigación posterior, referida a un ámbito espacial mucho más reducido, ha encontrado contratos de transporte de este tubérculo en el año 1561, y a unos precios que parecen apuntar al consumo humano como destino más lógico[12].

El azúcar, conocido desde la época medieval, se abarata relativamente en los ingenios caribeños, si bien en forma de un producto semielaborado (melazas), y desde 1680 comienza a invadir el espacio europeo, con máxima irradiación en el siglo XVIII, una centuria antes de que la remolacha azucarera empezase a tomar carta de naturaleza económica.

El chocolate (especialmente en España), el tabaco y el ron, figuran entre los caprichos dietéticos que llegan de allende el Atlántico y aunque con muy diversa importancia económica presentan unas características comunes: cada uno de ellos y sucesivamente en el tiempo, fueron considerados como una «panacea universal», como un pecado horrendo y, finalmente, como una fuente fiscal de primer orden. Era de prever, dadas estas consideraciones, que las prohibiciones reiteradas mereciesen un rechazo generalizado.

En un esquema simplificado del sistema económico, que en su día diseñamos para un estudio sobre la economía española de los últimos Austrias[13], aparecían una serie de factores que enunciaremos, sin

---

[8] Ibídem, págs. 130-132.

[9] PEREZ GARCIA, J. M., et. al., *Historia de Galicia*, Ed. Alhambra, Madrid 1981 (2.ª), pág. 162.

[10] GELABERT GONZÁLEZ, J. E., *Santiago y la tierra de Santiago de 1500 a 1640*, Ed. do Castro, A Coruña, 1982, página 74.

[11] BRAUDEL, F., Op. cit., pág. 134.

[12] GONZÁLEZ SÁNCHEZ, V., *Caracteres de la sociedad malagueña del siglo XVI*, Excma. Diputación, Málaga 1986. Legajo 321 del escribano Alonso de Jerez.

[13] AVILES, M.; VILLAS, S. y CREMADES, C. M., *La crisis del siglo XVII bajo los últimos Austrias (1598-1700)*, en «Historia de España», vol. 9, Ed. Gredos, Madrid 1988, págs. 40-77. El diagrama n.º 1 mostraba el conjunto del sistema económico, el n.º 2 se refería a los elementos integrantes de la producción, el n.º 3 contenía los componentes de la demanda y el n.º 4 los correspondientes al precio y al salario.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

explicitarlos, a fin de determinar cuáles de ellos sufrieron una mayor incidencia durante el proceso de colonización indiana. Estos elementos, interrelacionados según unas inferencias muy complejas, eran: producción, oferta, demanda, precios, mercado, beneficios, ahorro, tesaurización, mercado de capitales, fiscalidad, gasto, inversión y reinversión.

Los metales monetizables, la potenciación de la demanda y la producción de materias primas fueron los elementos inicialmente resaltados por la visión de los economistas modernos acerca de las Indias Occidentales. El tema de los precios ya fue objeto de atención por los pensadores de la Escuela de Salamanca, especialmente por parte de Martín de Azpilcueta, quien formuló inicialmente la teoría cuantitativista del dinero[14], algunos años antes de que Jean Bodin iniciase su famosísima diatriba con monsieur de Malestroit.

En realidad el impacto fue amplísimo y profundísimo, comportando una transformación total del sistema económico, a la que aludiremos posteriormente. Basten en este punto unas breves reflexiones sobre la potenciación de la demanda y correlato en la producción europa del momento, así como unas consideraciones acerca del suministro de materias primas.

El hecho incuestionable de que unos miles de europeos, acostumbrados a unos hábitos alimentarios y sociales específicos, se desplazasen a unas nuevas tierras que, en un principio, no les ofrecía exactamente aquello que su gusto exigía, implica una potenciación de la demanda, fundamentalmente porque su capacidad adquisitiva era muy superior en este nuevo ámbito al que con anterioridad detentaban en su Europa de procedencia. Aunque en la actualidad su número, discutido por la incuestionable aunque difícilmente cuantificable presencia de los «llovidos», reconduce el optimismo acerca de su capacidad de demanda[15], no es dado ignorar que Castilla sintió en su propio ser un encarecimiento que, ahora lo sabemos, era debido tanto al «impacto metálico» generado por la llegada masiva de medios de pago, como a la incapacidad del viejo sistema productivo para hacer frente a las necesidades de una demografía en auge, en paralelo con una capacidad de compra amplificada.

Si alguna duda subsistiese al respecto, cabría recordar el sentido y la virtualidad del «Pacto colonial», por el que la metrópoli se reservaba el proceso de transformación de unas materias primas, que habrían de ser suministradas por las colonias americanas a unos precios «políticos», impuestos por el poder europeo. A los productos alimentarios citados anteriormente, habría que añadir una lista compuesta por los productos tintóreos (cochinilla, índigos, palo brasil), pieles, perlas y esmeraldas. Con estos dos últimos artículos nos introducimos en la cuestión cenital del oro y la plata, que —como únicos medios liberatorios de pago admitidos en la época—, dinamizaron un incipiente capitalismo comercial y promovieron una economía-mundo.

La consecución de metales preciosos en el África Negra elevó a Portugal en el siglo XV a la categoría de gran potencia económica mundial, aunque por carecer de una sólida base demográfica aconteciese que su poderío periclitara muy pronto, a favor de Amberes primero y de Gran Bretaña después.

Ha habido quien ha afirmado que la única exportación inicial americana digna de consideración fue el oro y la plata[16], y, por las consecuencias producidas en el Viejo Continente, tal afirmación tiene una

---

[14] GRICE-HUTCHINSON, M., *El pensamiento económico en España (1177-1740)*, Ed. Crítica, Barcelona, 1982, págs. 144 y ss.

[15] Independientemente de discusiones originadas en congresos recientes, estimamos ilustrativo que un especialista como Walter Minchinton les conceda escasa atención en dos trabajos clave: *Tipos y estructura de la demanda*, en CIPOLLA, C. M. (Ed.), *Historia económica de Europa (2). Siglos XVI y XVII*, Ed. Ariel, Barcelona 1979 y *Los modelos de la demanda, 1750-1914*, en CIPOLLA, C. M. (Ed.), *Historia económica de Europa (3). La revolución industrial*, Ariel, Barcelona, 1979.

[16] FURTADO, C., *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, Siglo XXI Eds, México, 1974.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

base sustantiva. Desde que Hamilton expusiera su novedosa teoría acerca de la plata americana y la revolución de los precios en Europa[17], decenas de obras, tanto a favor como en contra, han profundizado insistentemente sobre el denominado «impacto metálico», tanto para fundamentarlo como para refutarlo. Asimismo, las investigaciones para poner en claro los miles de toneladas de oro y plata llegadas a Europa, ofrecen un corpus de datos que, a veces, complican el tema por su exceso de información.

Un excelente trabajo de síntesis, debido al magisterio de Pierre Vilar[18], nos permite obviar discusiones cuantitativas (superfluas para la intencionalidad de esta ponencia), pues en él resulta factible hallar las cifras de última hora, así como todo el entorno, tanto el específicamente económico como el político y social, que envolvía el mundo productivo y consumidor de material monetizable.

Por nuestra parte, eludiremos las cifras absolutas para incidir en cuestiones periféricas pero importantes. Afirmaciones que, al hilo de aquella polémica aludida, han ido poniendo de manifiesto otras implicaciones, económicas, políticas y sociales, colaterales de la llegada de numerario. Por vía de ejemplo, no es discutible que el tráfico intercontinental atlántico dinamizó el mercado europeo en general[19], ni el hecho evidente de que el tesoro americano constituyó el «nervio de la guerra» de la política austracista en Europa, cuestión sobre la que volveremos posteriormente. Pero tampoco es ya admisible una relación causal, directa e inmediata, entre la llegada de la plata y las acciones bélicas que determinaban el triunfo de uno de los contendientes en el campo de batalla.

Cierto es que toda la «España financiera» —más aún, toda la Europa económica—, esperaba anhelante la llegada de los galeones americanos. Pero no lo es menos, que el total de oro y plata llegados en las dos primeras centurias era inferior, en su valor total, al de un solo año del conjunto de la producción europea. Para comprender esa aparente contradicción es preciso tener en cuenta la altísima cuota de autoconsumo existente y, al mismo tiempo, que la esencial importancia del tesoro americano (en primer lugar para Castilla y subsidiariamente para Europa), radicaba en el hecho de que, al no poder ser cuantificado por anticipado, no podía ser gastado y, en consecuencia, era «dinero contante y sonante» que entraba en las arcas del monarca, a su libre disposición para aplicarlo a las urgencias del Estado.

Pero, mucho más allá de su función como revitalizadora de guerras, de tráficos marítimos y de producciones puntuales, la incorporación de un nuevo continente supuso, según dos originales opiniones, una dinamización sin precedentes de la economía para Webb y su «gran frontera»[20], o una nueva formulación en las relaciones de las formaciones sociales para Wallerstein y su «sistema mundial»[21].

Es preciso indicar que se trata de dos teorías explicativas, la primera de ellas inmersa en la polémica sobre el capitalismo y la segunda perteneciente a un moderno representante de la escuela del Materialismo Histórico.

Walter Webb, elucubrando sobre la tesis de la frontera originaria de F. J. Turner, mantenía que el cúmulo de elementos económicamente positivos, representados por la demanda, las materias primas, las oportunidades y, muy especialmente, por el tesoro americano, crearon unas circunstancias que él

---

[17] HAMILTON, E. J., *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Ariel, Barcelona 1975. Id, *War and prices in Spain, 1651-1800*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1947.

[18] VILAR, P., *Oro y moneda en la Historia, 1450-1920*, Ed. Ariel, Barcelona 1978, (4.ª). Complemento a esta obra, por lo que supone de visión «suramericana» de la cuestión, así como por ser un estudio gestado en las fuentes de producción metalífera, resulta el libro de PRIETO, C., *La minería en el Nuevo Mundo*, Ed. Revista de Occidente, Madrid 1977.

[19] CHAUNU, P., *Seville et l'Atlantique*, S.E.V.P.E.N., 8 vols., París 1955-59.

[20] WEBB, W. P., *The Great Frontier*, Ed. Houghton Mifflin, Boston (Massachusetts), 1952.

[21] WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo en el siglo XVI*, Siglo XXI Eds, Madrid 1979. Id., *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Siglo XXI Eds, Madrid 1984.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

denominaba «lluvias de primavera», las cuales dinamizaron el capitalismo europeo desde los descubrimientos colombinos hasta la cota temporal de 1900. Aunque en su momento resultó muy discutida, lo cierto es que muchos de los elementos de tal teoría son admisibles dentro de la racionalidad económica y, más interesante aun, que el concepto del orbe económico como una realidad global, se adelantaba en dos centurias sobre las fechas hasta aquellos momentos admitidas.

Quizá resulte una licencia excesiva, intolerable para los especialistas económicos, el hecho de poner en relación ese «mundo de la frontera» con el concepto de «economía-mundo» propugnado posteriormente por Inmanuel Wallerstein. De cualquier forma, es necesario precisar que la «economía-mundo» es, tan sólo, una parte de un conjunto sistémico[22], que él denomina como «moderno sistema mundial». Y éste es, en última instancia, lo que este historiador norteamericano propugna como una creación económica, política e ideológica (en definitiva social), que vino a destruir el sistema feudal preexistente[23].

Marx y Engels, en *El manifiesto comunista*, ya habían puesto de relieve que los descubrimientos y el tráfico con las Indias, tanto Orientales como Occidentales, habían prestado a la burguesía un impulso revolucionario en su lucha por derribar la sociedad feudal. El impulso revolucionario es una forma de acción política y ello nos introduce en el segundo apartado de esta ponencia.

2. Del *Dominium Mundi* a la revolución europea

La política es, entre otras muchas cosas, una forma de manifestación del poder y así, en este preciso sentido, fue como América influyó, en diversa medida a lo largo de tres centurias, en la evolución de Europa.

No es factible encontrar —no sería lógico, al menos en nuestra opinión—, una influencia directa de las formas políticas indianas en los gobiernos de las metrópolis. Entre otras muchas razones, porque el estadio de evolución que aquellas sociedades ofrecían a la llegada de los españoles, presentaba un desfase evolutivo muy acusado con respecto a los estados europeos de los siglos XV y XVI. Además, el poder se ejercía en y desde Europa, y el proceso de transformación interna a que se hallaba sometido no podía admitir influencias exógenas directas en este plano específicamente político. Un peligro que se cierne sobre el historiador es el de tratar de justificar a través de influencias indianas, manifestaciones específicamente europeas en las etapas de consolidación del poder estatal[24].

Otra cuestión distinta es admitir, como por otra parte es irrebatible, que la ampliación del orbe conocido implicaba, a mayor o menor plazo, una nueva concepción de la política mundial, de las relaciones inter e intraestatales y, fundamentalmente y en primera facies, una superior capacidad económica para financiar la acción político-bélica del Estado: la concepción medieval del dinero como la «sangre de la guerra».

Según nuestro criterio resulta posible diferenciar tres épocas en el transcurso de los siglos aquí en estudio. Tres etapas, «amplio sensu» entendidas en el aspecto cronológico, que abarcarían cada una de ellas: la inicial, desde los primeros descubrimientos hasta la mitad del siglo XVII (lo que podía denominarse como el período del «Imperio Hispano»); una segunda, desde Westfalia y Utrecht hasta la Inde-

---

[22] WALLERSTEIN, I., Op. cit., vol. II, págs. 489 ss. «Un sistema mundial es un sistema social, que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia.»

[23] WALLERSTEIN, I., Op. cit., vol. I, pág. 53. Para la creación del sistema «... fueron esenciales tres cosas: una expansión del volumen geográfico del mundo, el desarrollo de variados métodos de control del trabajo para los diferentes productos y zonas de la economía-mundo, y la creación de aparatos de Estado relativamente fuertes...»

[24] ELLIOT, J. H., Op. cit., págs. 105 ss. En síntesis, se aducen ejemplos de cómo la gran libertad de acción factible en el Nuevo Mundo pudo, por muy variados caminos, profundizar el camino del absolutismo hispano del siglo XVI.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

pendencia norteamericana (lapso de las guerras coloniales), y una tercera, el estadio final por lo que respecta a este estudio (pero no al ámbito europeo en general), que comprendería el período denominado «de las revoluciones».

En un primer momento, Castilla reivindica las nuevas posesiones de acuerdo con la donación de la Santa Sede y otros «justos y legítimos títulos» que alegaban los monarcas hispanos para reclamar aquella «terra nulius» o tierras de «infieles».

Las «Bulas Alejandrinas» —que solventaban el inicial conflicto con Portugal y transformaban las delimitaciones en el sentido norte/sur (acordadas por el tratado de Alcaçobas), en un ámbito este/oeste pactado en el encuentro de Tordesillas—, tienen una significación mucho más europea que americana.

Resultan intrínsecamente inseparables de las gravísimas cuestiones intraeclesiales constituidas por el cisma de occidente y por el conciliarismo, estando imbricadas en las relaciones interestatales de los concordatos, que trataban de restituir, al menos en parte, la legitimidad de la autoridad papal. Igualmente, pertenecen al ámbito diplomático del «Patronato Regio», gestado inicialmente para Granada[25] y que, escaso tiempo después, fue transplantado a América.

Pero las relaciones interestatales europeas evolucionan con rapidez y cuando Carlos I (realmente mucho más su entorno que su misma persona), concibe la famosa «Idea Imperial», no tarda en recibir la contestación de Francisco I de Francia inquiriendo acerca del capítulo del testamento de Adán donde éste dejaba en herencia el mundo para su reparto entre lusitanos y españoles.

Realmente el derecho de conquista iba tomando cuerpo como fundamento jurídico incontestable, pero tenía el gravísimo inconveniente de que podía ser esgrimido por todos y cada uno de los países europeos con capacidad suficiente para afrontar la aventura trasatlántica. Y el «Ius Gentium» que reivindicaban algunas mentes de la «escuela de Salamanca», posteriormente retomado y profundizado por Hugo Grocio, tampoco resultaba un argumento «ad hoc» para las tesis hispanas.

América representaba una válvula de escape para las tensiones sociales en la vieja Europa, una frontera para los elementos más díscolos y conflictivos, una gran fuente de poder económico para los nacientes estados modernos (como explotación colonial directa o como expolio por las patentes de corso) e, incluso, una posibilidad de debilitar al tan temido como odiado adversario, en unos territorios que por su lejanía eran mucho más fáciles de atacar por sorpresa que de defender su continuidad.

Así, más lentamente al principio, pero con progresiva rapidez en el proceso de debilitamiento del imperio hispano durante los reinados de los «Austrias menores», Francia, Gran Bretaña, las provincias unidas (hasta la «Sublime Puerta», pese a su lejanía), ponen sus ojos en las Indias y le disputan en todos los terrenos (económicos, bélicos, políticos, jurídicos y hasta libelísticos y panfletarios), su pacífica «posesión y disfrute» a la acosada España.

La guerra de los Treinta años, en paralelo con el conflicto francoespañol, supuso el agotamiento de la potencia bélica y del dominio hegemónico hispano, desembocando en la paz de Westfalia, donde se gestó la idea política del «equilibrio europeo», que se consolidaría medio siglo después con el Tratado de Utrecht. Francia y Gran Bretaña entraban en liza disputándose la supremacía colonial y, como consecuencia, los elementos que configuraban la geopolítica mundial se trasladaban a territorios no necesariamente circunscritos al escenario europeo. La acción de la influencia americana cambiaba de países receptores, pero, en última instancia, eran sus riquezas de siempre lo que enconaba los enfrentamientos.

El período de entrepaces (Westfalia/Utrecht), significó el apogeo de Francia y del Rey-Sol, caracterizándose por un complejo rosario de conflictos (guerras de «Devolución», de la «Reunión», del «Nor-

---

[25] SUBERVIOLA MARTINEZ, J., *Real Patronato de Granada. El arzobispo Talavera, la Iglesia y el Estado moderno (1486-1516)*, Caja Gral. de Ahorros y M. P. de Granada, Granada 1985.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

te»), que, al tiempo que consolidaban el «statuts» de gran potencia para este país y robustecía su economía con un mercantilismo en su facies «productora», impidieron una profunda y duradera fijación francesa en las Indias Occidentales. Ingleses, holandeses y portugueses, sí que fueron expandiéndose por el Nuevo Continente (de forma fundamental a expensas de la debilidad humana), sin que con ello queramos indicar que Francia despreciase su parte en el «pastel» indiano, en su comercio y en sus beneficios.

La política pacifista de Walpole y de Fleury, durante el primer tercio del XVIII, se desintegró de forma total tras la guerra de la «Pragmática Sanción de Austria» y, a partir de ese momento, las alianzas europeas, múltiples y contradictorias, estuvieron polarizadas en torno a estas dos grandes potencias y, también, a sus intereses coloniales. No resultaría pertinente, aquí y ahora, una síntesis acerca de los avatares políticos y bélicos de la mitad de esta centuria. Tan sólo nos detendremos en dos aspectos: uno de ellos de capital importancia, puesto que la guerra de los Siete Años supuso el apogeo británico (y al mismo tiempo el comienzo de sus problemas intracoloniales), y el otro (de mucha menor entidad), la intervención de unas figuras de la sociedad malagueña, en la conquista y defensa de los territorios españoles en la América del Norte[26].

Entre 1756 y 1763 tuvo lugar un conflicto armado que recibe distinto nombre según se le observe desde una perspectiva europea o extraeuropea. En el primer caso se trata de la «guerra de Silesia», que enfrentó a Prusia contra Austria —con los apoyos correspondientes de Inglaterra y Francia—, en los campos de la Europa Central. En el segundo caso y con escenario diferente, la «guerra colonial franco-británica», se encendía en el Canadá, valle del Ohío, las Antillas, África Occidental y en la India. Dos conflictos que quedan perfectamente ubicados en la realidad política y económica del momento, en la frase con que William Pitt galvanizó al Parlamento británico derrotando a su oposición: «Señores, Canadá se gana en Silesia».

El Tratado de París de 1763 culmina el aniquilamiento de la potencia colonial francesa (mayor en Asia que en América), e inicia la preponderancia colonial británica, bien que a costa de desatar un conflicto interno con sus trece colonias de América del Norte, cuya independencia no tardaría en producirse, y que, en puridad, significa el comienzo de la intervención «política» del Nuevo Continente en sus antiguas metrópolis. No obstante, antes de introducirnos en esta tercera etapa, permítasenos un brevísimo excurso sobre el significado de los Gálvez en Florida, aunque tan sólo sea para informarles de la contribución española (oscurecida historiográficamente por razones varias), a la lucha por la independencia norteamericana.

Desde la desaparición de la hegemonía hispana en Europa, consumada en la paz de los Pirineos de 1659, los retazos del Imperio español de Ultramar (únicamente americano, pues España carecía prácticamente de cualquier territorio en África y Asia), habían estado «operando a la defensiva» y a la desesperada, ante el acoso de las potencias europeas que iban desgajando porciones de sus anteriores posesiones en el Caribe y América Central. La entronización de los Borbones supuso una revitalización de las tareas defensivas y, poco a poco, la organización administrativa y militar trataba de consolidar (y rentabilizar), los restos que aún permanecían fieles.

Los «pactos de familia» y la coyuntura secular alcista, iban propiciando una recuperación de la influencia perdida y la política internacional española volvió a tomar como referente las posesiones ultramarinas, no sólo como una obligación dinástica irrenunciable, sino como posibilidad de volver a ser tenidos en cuenta en el concierto internarcional.

En este contexto político de recuperación del prestigio internacional y defensa de los territorios extrapeninsulares, es donde aparece, naturalmente entre muchos otros protagonistas pero brillando con intensa luz propia, la ilustrada familia de los Gálvez de Macharaviaya.

---

[26] MORALES FOLGUERAS, J. M.; PEREZ DE CELOSIA, M. L.; REDER GADOW, M. y VILLAS TINOCO, S., *Los Gálvez de Macharaviaya*, Benedito Editores y Junta de Andalucía, Málaga 1991.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

Don José de Gálvez y Gallardo, desde 1776 secretario del Despacho Universal de Indias, trataba enérgicamente de reordenar el vasto sistema defensivo hispanoamericano y tiene la visión estratégica precisa como para reconocer tempranamente el peligro que suponían las incursiones esporádicas pero insistentes, de los rusos, quienes, desde Alaska y Siberia, trataban de profundizar hacia el sur en el salvaje territorio del oeste de los futuros Estados Unidos de América.

La guerra contra Portugal e Inglaterra dio oportunidad a que José desplegase sus dotes diplomáticas en las negociaciones del favorable Tratado de Límites, firmado con los lusitanos en 1777. Y también hubo ocasión para que mostrase su oposición hacia una intervención naval franco-hispana en el territorio americano, insistiendo en la teoría de que concentrar los esfuerzos bélicos en Europa podría resultar mucho más beneficioso para la causa española. Naturalmente (al igual que Pitt, aunque en bandos opuestos), José de Gálvez llevaba razón en sus apreciaciones, pero la presión de la diplomacia francesa hizo fracasar sus iniciativas y España lo pagó muy caro en la paz de París.

Matías de Gálvez, hermano del anterior y el mayor de la familia, intervino activamente en el frente de batalla, pues como gobernador general de Guatemala reorganizó aquel ingente sistema defensivo y al frente de una «variopinta tropa compuesta por veteranos, milicianos, presidiarios y esclavos», reconquistó el castillo de Omoa y Puerto Cabello, plazas que habían caído en poder de los ingleses.

No obstante, la figura señera en el aspecto militar (y la más simpática en el plano personal), resulta ser la de don Bernardo de Gálvez, hijo de Matías y sucesivamente gobernador de Luisiana, mariscal de campo, capitán general y posteriormente virrey. Desde el principio se significa en la guerra contra los británicos, en las acciones de Manchak, Baton Rouge y Natchez. Pero finalmente sería su decisiva intervención en la conquista de Mobila y Panzacola, lo que le granjearía un inmenso prestigio, tanto en su patria como en el plano internacional. Galveztown y el condado de Gálvez recuerdan la gesta, la figura y la acción administrativa y muy política de este malagueño que terminó sus días como un muy joven virrey de Nueva España.

Pero antes de fenecer, aún tuvo tiempo de apoyar a los insurrectos de las Trece Colonias en su lucha de emancipación contra Inglaterra.

Ciertamente que, con perspectiva histórica, se trataba de un apoyo suicida, pues caso de triunfar la secesión, el ejemplo (como así aconteció) sería evidente para todo el ámbito de la América española. No obstante, hay que recordar que en aquellos momentos el enemigo —natural e inmediato—, siempre eran los ingleses. Y tan sólo una inteligencia privilegiada como la del conde de Aranda pudo ver anticipadamente en el tiempo y predecir, infructuosamente como es natural, los derroteros que no tardando mucho iban a resultar la opción lógica de las colonias hispanas, más o menos directamente inducidas (cuando no totalmente apoyadas), por los antiguos protegidos de don Bernardo de Gálvez.

Este breve excurso, que nos ha servido para mostrar la intervención de unos paisanos en la historia universal, desemboca en un acontecimiento que posteriormente tuvo una importancia decisiva en el discurrir político de la vieja Europa. La guerra de la Independencia norteamericana abre el tercer núcleo temático de esta segunda parte de la ponencia y, en mi personal opinión, marca el inicio de una influencia externa en los acontecimientos intraeuropeos, influencia que —suponemos no resultará preciso insistir en ello—, se iría acrecentando progresivamente, hasta desembocar en la idea de un «nuevo orden mundial» que actualmente preconiza la potencia indiscutida. No obstante, resulta preciso retrotraerse dos centurias para ubicarnos imaginariamente en la década de 1770, cuando va tomando cuerpo un estado de opinión, económica y sociopolítica, que terminará por convulsionar dos continentes.

No es necesario, a los efectos que ahora nos interesan, rememorar en detalle todo un conjunto de sobreactuaciones de la metrópoli (presión fiscal, limitaciones comerciales, imposiciones políticas), derivadas de la guerra de los Siete Años, ni la oposición que tales medidas generaron en las Trece Colonias y que desembocó en el «Boston Tea Party».

Tampoco parece apropiado resucitar la vieja polémica teórica sobre si fue un «ciclo revolucionario», o una «revolución occidental»; si se trata de una «revolución atlántica» o de un conjunto de rebeliones

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

puntuales en países europeos, sin mayor interconexión que la propaganda revolucionaria exportada por los girondinos[27].

Permítasenos una licencia estilística (dejándonos usar un concepto enraizado con la antropología cultural andaluza), al comparar el camino recorrido por las influencias básicas del sustrato «revolucionario» con los «cantes de ida y vuelta». Sólo que, en esta cuestión, los viajes fueron múltiples y así, las ideas de los filósofos europeos Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Mably y compañía, atravesaron el Atlántico con destino a Indias. Una vez allí alumbraron nuevos conceptos, retornando a su origen, potenciadas en nuevas teorías políticas acerca de la igualdad entre los hombres y, fundamentalmente, sustanciadas en ejemplos prácticos acerca de cómo sacurdirse el yugo, tanto de las minorías aristocráticas como de los déspotas ilustrados.

Mas no terminó ahí su periplo, puesto que, años más tarde, volvieron a viajar hacia América, ocultas en el macuto de ciertos militares criollos que habían bebido la libertad durante las guerras originadas por la Revolución francesa y que ahora lo transformaban en un impulso emancipador, esta vez contra España y los restos de su imperio colonial.

Cierto es que las consecuencias inmediatas fueron muy diferentes si nos referimos a los acontecimientos revolucionarios sucedidos en Francia, Irlanda, Inglaterra, Países Bajos, Bélgica, Suiza, Alemania, Austria, Hungría, Polonia, Suecia, Rusia, Italia y España. Pero existieron una serie de ideas, de conceptos políticos, de posicionamientos sociales que, al menos en su forma política, nos llegaron directamente de América.

Las nociones de «constitución», «referéndum», «libertad individual», las «declaracioes de los Derechos del Hombre» o «Derechos del Ciudadano», la afirmación de la «igualdad ante la Ley», etc., constituyeron aportaciones novedosas (algunas en términos absolutos) y, en todo caso, fueron conformando el «mito» de la libertad americana. Este mito aunque, efectivamente, tenía tanta carga de conservadurismo como de revolución (y muy probablemente mucho más de lo primero que de lo segundo), sonaba como música celestial a los oídos de la burguesía europea, que buscaba su oportunidad para participar en un poder político que, hasta entonces, se les negaba taxativamente.

No es posible negar que la influencia política fue, fundamentalmente, una incidencia en el campo específico de las ideas, un germen depositado en la mente de los hombres que, posteriormente, actuó sobre su voluntad y se transformó en acción revolucionaria. Precisamente será la descripción y análisis de este tipo de influencias, lo que conformará la tercera parte de esta ponencia.

3. El impacto sobre «la conciencia europea»

> «Pues si América alimentaba las ambiciones de Europa, también mantenía vivos sus sueños. Y quizá los sueños fueron siempre más importantes que las realidades en la relación del Viejo Mundo con el Nuevo.»[28]

Con esta frase finaliza John H. Elliot el libro al que repetidamente hemos hecho referencia a lo largo de esta ponencia y la ambigüedad de la afirmación contiene la complejidad del tema y de su sistematización, siempre subjetiva por cuanto se ha de sintetizar un amplísimo campo, que puede ser objeto de múltiples y encontradas interpretaciones.

En las partes 1 y 2 hemos tratado acerca de la economía y de la política, es decir, del poder. No debería ser imprescindible, aunque quizá sí resulte importante, recordar que en esta tercera parte nos referiremos a los resultados de la producción intelectual, es decir, a versiones más elaboradas de aquellas

---

[27] GODECHOT, J., *Las revoluciones (1770-1799)*, Ed. Labor, Col. Nueva Clío, Barcelona, 1968.

[28] ELLIOT, J. H., op. cit., pág. 130.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

mismas cuestiones de fondo ya tratadas y que resultan básicas para comprender el comportamiento de la colectividad y de su gobierno.

¿Cómo resultaría posible mensurar la influencia que el Nuevo Continente ejerció sobre la mentalidad de las elites europeas y en qué forma podríamos asegurar que tal incidencia se transmitió, en mayor o menor grado, al conjunto de la sociedad? Preguntas sin posible respuesta razonada, por lo que habremos de contentarnos con el difícil terreno de la especulación teórica o la hipótesis de trabajo.

Desde luego es evidente que la presencia de un elemento formal arquitectónico como la piña, introducida por Christopher Wren en la Inglaterra del tercer Estuardo, no habría de pasar desapercibida para el público que contemplaba sus catedrales y palacios, aunque tampoco nos atreveríamos a asegurar que la relacionasen mínimamente con las lejanas tierras de procedencia de una fruta que como alimento desconocían. También es innegable que existieron influencias estéticas que ayudaron a conformar un estilo «quasi» propio[9] en Andalucía y, en menor medida, en el resto de España. Pero la vinculación de múltiples edificios no ha de suponer, necesariamente, que la influencia ejercida en su diseño o en su financiación, trascendiese más allá de aquellos espíritus selectos que conformaban la elite.

Con mayor probabilidad, por la relación existente entre los «philosophes» y el Despotismo Ilustrado, las referencias de un Voltaire llegarían a hacer alguna mella en quienes tenían responsabilidades de gobierno y, a través de sus decisiones, podrían influir en el conjunto social. Pero la pintura, el verso o la creación literaria, ¿cómo y a través de qué oscuras sendas llegarían al dominio público? A este tipo de cuestiones nos referiremos seguidamente, si bien (y necesariamente), de una forma mucho más descriptiva que explicativa.

La encarnizada lucha de los países europeos contra la hegemonía castellana durante el reinado de los llamados «Austrias Mayores», implicó la aparición de una literatura panfletaria a la que se ha llamado, incluso en ámbitos académicos, *Leyenda negra*. Naturalmente, Guillermo de Orange en su célebre *Apología* atacaba a Felipe II mucho más allá de su política indigenista, pero obviamente la destrucción de millones de indios resultaba un argumento de primera magnitud para desacreditar al monarca. Bien es verdad que no le faltaban datos de primera mano acerca de lo acontecido durante la colonización: tanto en las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería como en la conocidísima *La breve relación de la destrucción de las Indias*, del tan debatido padre Las Casas, contenían información de primera mano (y no ciertamente indulgente con la acción hispana), unos datos que pedían a voces ser utilizados contra el poderoso enemigo español.

Posteriormente, Montaigne en sus *Ensayos*, Montesquieu en *El espíritu de las leyes*, o Voltaire (bien que no ya específicamente como leyenda negra antiespañola, sino como ataque corrosivo social en general y antieclesiástico en particular), en su *Cándido*, insisten en la malignidad de la conquista o bien pasean a su protagonista por un paisaje atípico donde es posible ridiculizar los vicios europeos de la época, haciendo un guiño a la censura del Estado.

Desde el lado británico, Thomas Kyd en su *The Spanish Tragedy* y Thomas Heywood en *The Fair Maid of the West*, también echaban su cuarto a espadas en torno a los problemas habidos entre España y Portugal a cuenta de sus posesiones ultramarinas, al tiempo que destacaban la maldad hispana y las posibilidades que para el Nuevo Continente podría representar una colonización anglosajona.

Como es lógico, el Siglo de Oro español, así como sus inmediatos antecedentes y consecuentes estilísticos, no olvidaron intervenir en defensa patria: fray Luis de León en *Vida retirada*, Gutierre de Cetina (en sus novelas mejicanas) o Góngora *¿Son de Tolú, o son de Puertorrico?*, hacen referencia, en mayor o menor medida, a las nuevas tierras. Y ya en forma de epopeya, en la *Araucana* de Ercilla, en diversas comedias de Lope (*El araúco domado*, *El Brasil restituido* o *El Nuevo Mundo descubierto por*

[9] VV.AA., *Andalucía americana. Edificios vinculados con el descubrimiento y la carrera de Indias*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1989.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

Cristóbal Colon), se trata de poner coto al desaforado ataque que contra la conquista y la colonización americana, recibía España desde todo el ámbito europeo. Por lo que se refiere a la ingente tarea de restauración del crédito histórico para la obra de España en América, la insigne figura de Lewis Hanke brilla con luz propia, tanto por la calidad y profundidad de su alegato, como por el hecho (para nosotros determinante en sí mismo), de que no pretende defender a su patria de origen, sino lo que como científico social considera una verdad histórica[30].

Como «terra incógnita» que fue durante muchas décadas, América aparecía a los contemporáneos de su descubrimiento y conquista como un territorio ideal para ubicar una serie de mitos que, con mayor o menor antigüedad o, incluso, creados «ad hoc», llenaron la imaginación (y a veces las vidas reales), de un conjunto de aventureros procedentes de la vieja Europa.

Los nacionalismos europeos del siglo XVI precisaban, como los de cualquier otro lugar u otra época, de una mitología cimentadora de voluntades y dinamizadora de esfuerzos. Así, las nuevas tierras y su posesión fueron presentadas como un exclusivo patrimonio, reservado por la divinidad para la «raza escogida», a fin de demostrarle su predilección y su apoyo. Mito casi obligadamente complementario a la idea anterior, resulta el de una «raza conquistadora», la cual habría de demostrar, a través de su esfuerzo titánico, ser merecedora del honor que la divinidad le había reservado.

La «fuente de la eterna juventud» *(fons iuventutis)*, con su correlato indígena del «árbol de la vida», las «siete ciudades de Cibola», las «amazonas» y, mucho más aún, el gran mito de «El Dorado», (una ceremonia chibcha que se llevaba a efecto en la laguna de Guatavitá en Colombia y en la que se soplaba polvo de oro sobre una víctima previamente engrasada), fueron acicates que, despertando el interés y la codicia humanas, prestaron mucho más dinamismo al descubrimiento de nuevas tierras trasatlánticas que cuantos razonamientos (económicos, políticos y/o sociales), pudieran haber elucubrado los más sesudos pensadores de la escuela de Salamanca[31].

No es casualidad que don Francisco de Quevedo, en un preclaro ejemplo de la novela picaresca —un género literario que refleja fielmente el trasfondo social de una época—, embarque para el Nuevo Mundo a su pícaro (una vez que ha terminado su peripecia en su patria de origen), pues pretendiendo ser a un mismo tiempo reflejo de la sórdida realidad, látigo contra las conciencias y lenitivo para los desheredados, ha de poner una gota de esperanza en un lugar ignoto que, al menos idealmente es (o debiera ser), una antítesis de toda tierra conocida. El abate Prevost, también, remite a su heroína hacia Luisiana, donde en un ambiente totalmente exótico puede situar una acción que se inició en la Francia metropolitana, pero que se sale de los esquemas permitidos socialmente[32].

La inocencia primigenia de la Edad de Oro (el mito del «buen salvaje» en suma), fue el tema estrella en multitud de páginas de la literatura universal durante el siglo XVIII. El barón de Lahontan, Daniel Defoe, quizá Jonathan Swift (aunque no cite América expresamente), reflejan un tipo (obviamente ideal), de aborigen que desconoce la maldad. Una malignidad que estuvo ausente del mundo hasta que el pecado original y la posterior organización de los hombres en una sociedad de carácter político, pervirtieron la bondad natural, que, originariamente, el Creador había imbuido en el hombre[33].

---

[30] HANKE, L., *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Ed. Aguilar, Madrid 1967 (2.ª Ed.). Ed., *Selected writings of Lewis Hanke on the History of Latin America*, Center for Latin American Studies, Arizona State University, Tempe 1979.

[31] Alvar Núñez, Cabeza de Vaca, Lope de Aguirre, Francisco de Orellana y Ponce de Leon son, tan solo, una minúscula fracción de una extensa «nómina» de aventureros que dedicaron su existencia (dejando muchos de ellos la vida en este empeño) a fin de hacer realidad alguno de estos mitos. Como consecuencia de su periplo, avizoraron y, a veces, conquistaron unas nuevas tierras, sitas en una amplísima faja continental que abarca desde Arizona a la Tierra de Fuego. Una breve síntesis en: MORALES PADRON, F., *La conquista de América*, Col. Austral, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1974, pág. 129.

[32] QUEVEDO Y VILLEGAS, F., *Historia de la vida del Buscon, llamado Don Pablos*, 1626; PREVOST, *Manon Lescaut*, 1753.

[33] LAHONTAN, *Viajes*, 1703; DEFOE, D., *Robinson Crusoe*, 1719; SWIFT, J., *Los viajes de Gulliver*, 1726.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

La cuestión de la literatura utópica tiene un contenido tan amplio que, por sí mismo, escapa a las posibilidades, siquiera sintéticas, de esta ponencia. Por tanto, nos limitaremos a citar tres obras imprescindibles para cualquier interesado en el tema, que pretenda profundizar en las breves líneas que nosotros le dedicamos[34].

Etimológicamente, hablar de la influencia de América en esa modalidad de producción literaria denominada «utopías» parece un contrasentido pues el «u-topos» (sin lugar), debería excluir cualquier ubicación real y conocida. No obstante, y su lógica interna es perfectamente asumible, el descubrimiento de América implicó un rejuvenecimiento del pensamiento clásico sobre el tema[35]. José Antonio Maravall, Silvio Zavala y José Luis Avellán, como autoridades en la materia, suscriben y fundamentan este aserto en sus estudios sobre la utopía.

Miguel Avilés pone como ejemplo de ellos a las tres más clásicas utopías: las de Tomás Moro (*Utopía*, 1516), la de José Campanella (*La ciudad del Sol*, 1623), y la escrita por Sir Francis Bacon (*La nueva Atlántida*, 1627), «en todas las cuales encontramos pruebas del impacto que produjeron en los europeos el descubrimiento y la conquista de América»[36].

Cristóbal Colón y Antonio de León Pinelo situaban en las recién conocidas tierras, nada menos que el paraíso terrenal, aportando los primeros elementos de lo que algo posteriormente constituiría el mito del «buen salvaje», al que hemos hecho mención en párrafos anteriores.

En la obra *Somnium*[37], el inevitable viajero que cuenta sus experiencias, tras visitar la Luna, donde encuentra la primera ciudad ideal, aterriza en América, lugar en el que sitúa la descripción de otra ciudad maravillosa: por su gobierno, sus instituciones y su modo de vida. A fin de cuentas, una utopía. Curiosamente, un capítulo está referido a las muy exóticas (y ciertamente controvertidas), costumbres sexuales autóctonas, lo que nos lleva a ponerlo en relación con ideas similares vertidas por Sir Williams Petty y otros autores del período revolucionario inglés del siglo XVII, que hablaban de un cierto «matrimonio californiano» que Hill describe como «interesantes combinaciones sexuales de 1 + 4 y 5 + 1 + 1»[38].

La literatura inglesa, a través de los denominados «panfletos de las Bermudas», también incorpora su parte de utopía americana, entre las que cabe citar *La tempestad*, de William Shakespeare o *The Vision of the Daughters of Albion*, de William Blake, en tanto que entre los franceses es obligada la referencia François Rabelais y su *Gargantúa* y al escenario de la actuación de los protagonistas del *Cándido*, de Voltaire.

---

[34] MUMFORD, L., *The Story of Utopias*, Nueva York 1922; ABELLÁN, J. L., *Historia crítica del pensamiento español*, Espasa-Calpe, Madrid 1981, 3 vols.; VICO MONTEOLIVA, M., CALATAYUD SOLER, R. y RUBIO CARRACEDO, J., *Utopía y educación*, en «Colección de Cuadernos del Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación de la Universidad de Valencia», n.º 11, Valencia 1982. En este trabajo se efectúa un análisis de múltiples utopías europeas, desde el Renacimiento hasta la época contemporánea, obviamente desde el punto de vista de sus aportaciones para los sistemas educativos.

[35] MUMFORD, L., op. cit., pág. 57, «el ideal utópico fue descubierto nuevamente, junto con el Nuevo Mundo». Citado por AVILÉS FERNÁNDEZ, M., *Utopías españolas en la Edad Moderna*, en «Chronica Nova», n.º 13, Granada 1985.

[36] Ibídem, pág. 34.

[37] MALDONADO, J., *Quaedam opuscula nunc primum in luce edita (De felicitate christiana: Praxis sive de lectione Erasmi; Somnium, Ludus chartarum; Triumphus; De sponsa cauta)*, Burgos, 1541.

[38] HILL, C., *The World Turned Upside Down (Radical Ideas during the English Revolution)*, Penguin, 1978, 2.ª

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes

Conclusiones

No resulta factible, desde la ortodoxia histórica, especular con una posible Europa «sin América», salvo que previamente el historiador haga profesión de fe acerca de un método que tenga al modelo «contrafactual», como fundamento teórico para una hipotética reconstrucción del pasado, lo que no resulta aplicable a nuestro caso. No obstante lo anterior, entendemos que una breve recapitulación sobre las influencias americanas en el Viejo Mundo, circunscritas al ámbito temporal acotado (Edad Moderna europea), podría cerrar esta conferencia como una síntesis de su contenido.

En lo material, la explotación de las tierras trasatlánticas implicó un enorme beneficio para unos pocos monarcas y financieros, al tiempo que el encarecimiento de los productos de subsistencia y bajada del nivel de vida para grandes masas de europeos pertenecientes al Tercer Estado o pueblo llano. Una masa de más de cien millones de personas que nacieron, vivieron y murieron, sin conocer (en su mayoría), que parte de tales dificultades provenían de unos territorios situados allende los mares.

En lo político —y a largo plazo—, los nuevos mundos produjeron unas guerras coloniales que, igualmente, afectaron a unos millones de súbditos de las potencias hegemónicas. Menos masa y mayor conocimiento, dado que, al menos en parte, algunos de los enfrentamientos tuvieron lugar «in situ», en aquellas tierras que sus soberanos se disputaban. Al final, desde América llegaron vientos de libertad que, posiblemente y en alguna medida, pudieron dar un cierto sentido social al sacrificio de tantas vidas, inmoladas en aras de la lucha por el poder.

En lo ideológico, la idea de América no caló, en lo más mínimo, en el conjunto de la masa social. Pero, no obstante, sí que fermentó en la mente de unas elites intelectuales. Unas elites que, en mayor o menor medida y a medio y largo plazo, fueron motor de un cambio social progresivo, del cual nosotros, aquí y ahora, somos sus herederos y causahabientes.

BOLETÍN AEPE Nº 40-41. Siro VILLAS TINOCO. Influencias en Europa del descubrimiento, conqu...
Centro Virtual Cervantes